

CAPILLA DE LEONARDO

LEONARDO EL COCHERO.

LEONARDO EL COCHERO.

PRIMER VIAJE.

CONVERSACIONES.—MONOGRAFÍA DEL COCHERO DE
SIMÓN Y DEL DE CABRIOLÉ.—BEATRIZ LA CA-
TALANA.

Siempre he dado la preferencia al cochero de cabriolé, porque el de simón, no teniendo relaciones directas con sus parroquianos sino para abrirles la portezuela y pedir su propina, y viviendo solo la mayor parte del día sobre su trono vacilante, sufre necesariamente las consecuencias de su posición aislada.

Poco cuidadoso de su persona, rara vez se afeita, y no hace caso de su adorno personal. ¿De qué le serviría afeitarse y adornarse, cuando tiene que volver la espalda á las personas que conduce durante todo el viaje? Sin comunicación con ellas, condenado al mutismo, ó por lo menos á hacer soliloquios, excepto cuando tiene que avisar á los paseantes, se ve obligado, para ejercitar sus órganos vocales, á tararear alguna canción, si está de

buen humor, ó á jurar, si no lo está; y generalmente jura; jura contra los carruajes que obstruyen el paso, ó contra las personas á quienes no atropella. Si le contestan en el mismo tono las palabrotas se cruzan y se alegra; ésta es su diversión y su conversación. Libre el paso al fin, da un buen latigazo á su caballo ó á su interlocutor, como último argumento, y continúa su camino.

El látigo es también un gran medio de distracción en sus manos. Si el cochero de simón lleva á sus amos detrás, delante tiene á sus esclavos. Tiene algún momento de irritación, los azota para hacer recaer su mal humor sobre alguno. Si, al contrario, el vino de la taberna le ha puesto en voz, si tararea, los azota para medir el compás. Que llueva, que hiele, los azota para calentarse con el movimiento; que el extremado calor de la temperatura y el movimiento monótono del pescante lo adormezca, los azota para mantenerse despierto. Tomad un coche simón por un viaje solo, los azota para ganar tiempo; tomadlo por hora; por una hábil maniobra, sujetando al caballo con las riendas, le azota para disculparse á vuestros ojos de la reconvencción de mala voluntad, y el déspota no dejará por eso de hacer sentir el peso de su cetro á sus ministros responsables.

De consiguiente, por su aislamiento, por costumbre, por una fuerza fatal, el cochero de simón esta necesariamente triste, es brutal, ineulto, salvaje.

¡Oh! ¡cuán distinto es el cochero de cabriolé!

Rara vez emplea éste el rigor con su caballo; al contrario, lo acaricia, lo trata con dulzura, es su amigo, su compañero. Un sentimiento personal

de conservación mutua une en él, por decirlo así, al hombre con el animal.

El cochero de cabriolé debe á su caballo no sólo cuidados afectuosos, sino un alimento abundante; porque si el segundo cae por debilidad en las piernas, su amo cae con él. Tal es la construcción de los cabriolés.

Respecto al vestido y la apariencia, nuestro preferido goza también de una superioridad incontestable. ¿Cómo se atrevería á sentarse al lado de una de esas lindas jóvenes que generalmente estrenan su carruaje por las mañanas temprano, sin afeitarse, como el autómeta del simón? Nunca. Sus relaciones directas con el sexo le imponen obligaciones de coquetería, de las que no puede, sin perjuicio conocido, librarse enteramente.

No solamente le es necesario acudir al barbero cada dos días, sino que también debe tener una camisa, si no blanca, dudosa al menos, un vestido que sin ser nuevo no sea indecente. Generalmente éste se compone de una camisa plegada prendida con un alfiler de cornalina ó un pedazo de cristal verde, que las personas indulgentes deben tomar por una esmeralda, el cual es su única joya, por haber ya dejado los aretes en las orejas. ¿No sabe acaso que las gentes de buen tono han renunciado hace tiempo al lujo de las joyas?

Un chaleco de colores, un pañuelo al cuello, de algodón, algunas veces una corbata blanca y un frac negro, quizás raído, arrugado, blanco por las costuras, pero sin rotura alguna aparente, completan su equipo. La tapa del cabriolé cubre lo demás sobre que la crítica no tiene imperio. Una mujer célebre no quería mostrar á sus lectores sino su

busto; el cochero de cabriolé hace lo mismo con el público.

¿Y quién le obliga á este traje severo? Que bajo la capucha de su carruaje, además de esa joven, estrella de la mañana, pueden tomar asiento á su lado un abogado célebre, un artista distinguido, un banquero, un poeta y hasta un Par de Francia. En los tiempos presentes, ¿no se ha visto á los Pares de Francia en faetones numerados? Yo he tenido el honor de encontrar tres á la vez en el omnibus que va desde la *Barriere Blanche* al *Luxembourg*.

Si, de esta comunicación material resulta para el cochero de cabriolé la necesidad de mostrarse vestido con limpieza y decencia; la intelectual que es consecuencia de aquélla le proporciona otras ventajas.

Nadie es más hablador que nuestro hombre, si os sujetáis al papel de auditor; consentís en cambiar algunas frases con él, nadie es más interrogativo.

En el primer caso, si es un militar, os contará sus campañas, sus aventuras de guarnición y sus conquistas individuales, que sirven de episodio á la conquista general. Si no, os hablará de las personas notables que ha conducido, cuya historia sabe, cuyas costumbres conoce con corta diferencia, porque las calles por donde las lleva, el tiempo que pasa esperando, el aspecto exterior de la casa donde entran, el aire pensativo ó alegre de la persona al entrar ó al salir, todo le sirve para hacer conjeturas que á menudo le hacen poseedor de secretos que no le han sido confiados.

Si no quiere hablaros de los habitantes de la ca-

pital, os entretendrá con la historia de sus establecimientos, de sus bellezas, de los caminos de hierro atmosféricos, de los vapores.

El cochero de cabriolé está á la altura del movimiento social é industrial; no se conduce de la extensión de las industrias rivales de la suya, porque es filósofo; y mientras el cochero de simón guarda aun rencor á los omnibus, él ha comprendido que el aumento de los medios de comunicación ha centuplicado las relaciones individuales del faubourg Saint-Jacques con el faubourg Montmartre, de la *Barriere du Trone* con el *Gros-Cailion*; que la costumbre de tener carruajes por 30 céntimos ha paralizado las piernas de los antiguos andarines de París; que cada uno necesita su carruaje en esta época; en fin, que los caminos de hierro sólo amenazan á los carruajes de los caminos reales y á las casas de posta, no siendo peligrosos sino para los que viajan por ellos y los que han tomado acciones.

A estas nociones exactas de administración y de estadística, recogidas de aquí y de allá, reúne generalmente una ligera tintura de jurisprudencia, porque el abogado, sobre todo el abogado pasante, es casi tan hablador como el cochero de cabriolé.

Medianamente al corriente de las novedades dramáticas y de los actores de moda, nuestro héroe conoce, no por haberlos visto, sino de oídas, todos los crímenes que cada noche, desde las seis hasta las doce, se cometen á cencerros tapados en los boulevards; los *dilettanti* á quienes conduce á la salida de los teatros líricos; embriagados de canto, repletos de armonía, al prorumpir en soni-

dos armoniosos para aliviar su pecho oprimido, le hacen apreciar á retazos las bellezas más exquisitas de la nueva partitura.

No menos al corriente de las bellas artes que del teatro, recoge las opiniones sobre los principales cuadros de la exposición, y de estas opiniones distintas se forma una opinión libre, franca, exenta de todo espíritu de sistema ó de pandillaje, y tanto más imparcial y concienzuda, cuanto que ni conoce la obra ni el autor. Por lo demás, esta manera de juzgar no pertenece exclusivamente al cochero de cabriolé.

Por una ventaja especial de su posición, las lecciones que recibe, tanto de jurisprudencia como de teatro ó bellas artes, se las pagan, contra el uso ordinario, unas veces por viajes y otras por horas, y se las pagan bien; porque debe observarse que la propina aumenta casi siempre en proporción de las palabras que se han hablado con el cochero. ¿Quién se atrevería á ofrecer dos sueldos á un compañero de viaje, á un hombre que ha ayudado á disipar el fastidio del camino?

Como su saber y su buena manera de hablar le son provechosos, la necesidad de instruirse se ha hecho tan general entre sus cofrades, que durante el tiempo de descanso se ve á los cocheros de cabriolé esperar á sus parroquianos con un libro en la mano, mientras que los de simón duermen tendidos en los pescantes.

¿Qué leen? Algunas veces, novelas, piezas dramáticas; otras, obras más profundas. ¡Ultimamente uno de ellos me habló de Puffendorf! Es verdad que á poco más me vuelca; lo que sin duda es una excepción...., relativamente á Puffendorf.

Quizás sería este el momento de hablar de una tercera especie de cochero, especie recientemente descubierta, mestiza del cochero de simón y del de cabriolé. Como el primero, tiene un lugar aislado y cuatro ruedas en su carruaje, lo que para su seguridad personal puede conducirle al egoísmo y á la dureza; pero como el segundo, sólo tiene un caballo. Además, sin estar en relaciones directas con sus parroquianos, si no puede tomar parte en su conversación, oye á menudo lo que dicen. De consiguiente, es una especie distinta, un nuevo tipo que estudiar, que habíamos ensayado ya empezando un cuadro comparativo de las tres especies; pero para mostrar sus relaciones con el Gobierno y con el estanco de tabaco, me concretaré á citar los dos hechos siguientes:

Aunque déspota por naturaleza, y quizás por esta causa, el cochero de simón es radical; la esclavitud le causa horror y sus caballos participan de su opinión; el de cabriolé, conservador; y el del carruaje de cuatro ruedas y un caballo, del justo medio.

Su posición respecto á sus parroquianos impone rigurosamente á cada uno de ellos la manera de consumir el tabaco. El cochero de simón fuma; el de cabriolé toma tabaco en polvo con toda la reserva y buen tono que le distinguen; el partidario del justo medio, sin arriesgar dejar ciegos ó apestar á sus parroquianos, colocados á la misma altura detrás de él, no puede ni fumar ni tomar tabaco; de consiguiente, lo masca.

Podría acumular comparaciones hasta lo infinito, pero mi conciencia de historiador se opone á ello. La creación, reciente aún, del carruaje de

cuatro ruedas, y la costumbre que tengo de emplear á su cofrade más antiguo, tampoco me lo permiten.

No sé si hablo con pasión; pero volviendo al cochero de cabriolé, me parece que éste está tan adelantado en civilidad como en civilización, lo que está muy lejos de ser la misma cosa. Oíde dirigiros la palabra; el hombre mejor educado no se expresaría de otra manera.—«¿Adónde es menester conducirnos, caballero?»—«Caballero, ¿tenéis la bondad de mirar el reloj?» Y otras mil locuciones semejantes. Encontradme un cochero de simón que os hable en tales términos.

Y el de cabriolé no se limita á buenas razones. Miradle abrir su santuario; ¡con qué atención, con qué cortesía os ayuda á subir el escalón, sosteniéndoo con una mano, mientras con la otra impide todo contacto entre la rueda y los faldones de vuestro frac! porque la entrada en un cabriolé no es cosa fácil, es menester confesarlo; siempre arriesga uno romperse el frac ó meterse el sombrero hasta los ojos. Pero una vez instalado, ¡con qué cortesía vuestro conductor os hace los honores! Si sois dos, mirad cómo se reduce para dejaros bastante lugar; si el tiempo se echa á perder, si llueve de repente, ¡con qué afán ofrece dividir con vos la manta de lana que tiene siempre reservada para los casos fortuitos! Cuando hiela, sería hombre capaz de abrigaros con la mitad de su capa, sin inquietarse de la apariencia grotesca de esta parodia de la escena de Pablo y Virginia.

¡Es verdad que es muy desagradable tener un cabriolé propio! ¿Cómo podría vuestro lacayo tener

con vos todas estas atenciones que se asemejan á la protección? ¿Os haría tan buena compañía? ¡No se atrevería! Cuando vuestras visitas se prolongan demasiado, ¿os esperaría con esa paciencia resignada y sublime, digna solamente de los antiguos peripatéticos?

Es cierto que mientras os espera, la aguja de su reloj describe un círculo, y marca para él las horas, no en minutos ni segundos, sino en francos y céntimos; ¡qué importa! ¡desgraciados de esos falsos moralistas que quieren ver siempre á las virtudes humanas adheridas al interés personal! Gocemos del efecto sin buscar la causa; admiremos la brillantez de las bellas flores y percibamos sus perfumes, sin menear el fango en que se ocultan sus raíces.

Acabo de poner en evidencia todas estas razones que me hacen preferir el cochero de cabriolé al de simón; muchas más podría enumerar; pero la mejor de todas, la que no os he dicho aún y que no podreis comprender hasta después, es que Leonardo, mi amigo Leonardo, Leonardo el cochero, pertenece á la primera de estas dos categorías.

Antes de empezar esta historia creo deber declarar, en descargo de mi conciencia, que es verdadera y que relato exactamente los hechos de ella como me la han contado Leonardo y su amigo Jolivet. La he oído, la he retenido en la memoria, la he arreglado; pero en cuanto á los acontecimientos, nada he añadido, nada he inventado, creyendo que esta novela no podía menos de ganar en presentarse al lector en su forma simple y sencilla.

Pronto hará quince años que conocí por primera vez á Leonardo, que era entonces, como acabo de pintaros el cochero de cabriolé, de carácter afable, interrogativo, hablador, y muy aficionado á la música y al teatro. Casi diariamente me conducía, con lo que nuestro conocimiento no tardó en efectuarse. Leonardo en aquella época era un hombre de veinticinco años, de figura muy expresiva, y que, aunque generalmente pacífico y alegre, se entristecía por momentos con una expresión de aspereza enérgica.

Antiguo militar, había asistido al desenlace de la última guerra de España, y no había dejado de contarme sus altos hechos, es decir, sus amores y sus desafíos, porque durante aquella peligrosa campaña, para encontrar ocasiones de batirse, se había visto obligado á crearse enemigos por sí mismo. En cuanto á sus amores, Leonardo sólo había tenido de esas intrigas ligeras que se anudan sin trabajo y se cortan sin violencia.

En España, como en Francia, sólo había buscado el placer en la variedad, en el cambio, sin haber jamás caído en un paraje *encolado*, como se decía entonces. Con tal de que una mujer fuese joven y estuviese bien peinada, la encontraba encantadora y le ofrecía su corazón, á condición de volverlo á tomar á favor de otra que le ofreciera las mismas ventajas. No comprendía que pudiera uno enamorarse de otra manera, y me citaba como una excepción en su vida la *gran pasión* que tuvo por una cierta Beatriz, de Barcelona.

—Aquel amor, caballero—me decía—duró ni más ni menos cuatro meses mortales, apenas interrumpidos por algunas intrigas pasajeras. ¡Este sí

que era cariño! ¡Qué queréis! nos adorábamos. A decir verdad, ya el juego empezaba á parecerme *cansado*, y cuando el tambor anunció nuestra partida de Cataluña y nuestra afortunada vuelta á Francia, hubiera de mejor gana abrazado al que tocaba la caja que á mi incomparable Beatriz, á pesar de sus grandes y hermosos ojos negros y sus maneras de princesa. Estaba cansado; soy así, y no creo que pueda volver á amar con un afán tan exagerado.

En cuanto á la pobre muchacha, cada vez estaba más enamorada, lo que no dejaba de disgustarme; pero ¿qué había de hacer? Jamás he visto una mujer tan tenazmente fiel como aquélla; era insoporrible, tanto que á pesar de mi prohibición y de las órdenes del coronel, dejó á Barcelona al mismo tiempo que nosotros y siguió al regimiento, aunque de lejos y con precaución. Yo me desesperaba, porque bien comprenderéis, que si se favorecieran las emigraciones del bello sexo llegarían á los campamentos tantas faldas como uniformes, lo que nos haría semejantes á un ejército inglés. Esto no es que yo quiera mal á los ingleses; pero son entes muy raros que se figuran que para ser buen soldado es preciso ser padre de familia y llevar chorrera. Es verdad que llevan tantas mujeres en su séquito para que les plieguen las camisas y les preparen un ejército de reserva. No hay por qué quererlos mal; este es su sistema; si fuésemos ingleses, pensaríamos del mismo modo y seríamos tan simples como ellos. Nosotros, al contrario, tomamos las mujeres en los cantones y al marchar las dejamos. ¿No es justo que los que vengan después de nosotros las encuentren?

Así hubiera yo querido hacer con Beatriz; pero era imposible; ¡me amaba tanto! En fin, atravesó con nosotros toda la Cataluña, encontrando de vez en cuando medio de verme y hablarme: yo siempre le decía caritativamente: «Beatriz, vuélvete á tu casa; lo que estás haciendo carece de sentido común. Véte á esperarme á Barcelona; yo voy á París, y cuando reciba mi licencia te escribiré.— Donde quiera que vayas, me contestaba ella, resueltamente te seguiré.» Esto me lo decía en español, y yo hacía como si no lo entendiera. Pero ¿quién puede tener idea de una constancia semejante?

Sin embargo, en el fondo me enternecía, y como no la veía todos los días, empezaba á amarla de nuevo; es verdad también que entonces no quería á ninguna otra; además, ¡era tan hermosa! No os he hablado sino de sus ojos; algo es, porque eran unos ojos que hacían volar una mina, unos ojos de general en jefe, unos ojos que hablaban en todos los idiomas.

Pero si además hubierais visto su talle esbelto, sus caderas de una redondez perfecta, aquella frente, aquellas mejillas frescas, morenas y rosadas á la vez, en verdad que os hubiera dado en qué pensar. Sin embargo, yo me decía á mí mismo: si continúo en relaciones con ella á mi entrada en Francia, ¿qué haré? Entonces no podré abandonar á esa pobre muchacha que por mí habrá dejado su país. Además, me han ofrecido mi licencia y pronto espero volver al lado de mi anciana madre; la buena mujer no entiende de bromas en el asunto, y Dios sabe lo que dirá si sabe que le traigo una nueva semejante.

A fe de hombre de bien, mi amo, ya era tiempo que la idea de mi madre viniera en mi ayuda. Pero desde aquel momento tomé mi partido resueltamente. Al acercarme á la frontera di parte de todo á mi sargento mayor, que era mi compañero y mi amigo, porque yo también era sargento, y prometió servirme.

Fué á ver á Beatriz y le habló con dulzura; pero nada consiguió. Al día siguiente se presentó en nuestro último descanso llorando y dando voces; quería verme, hablarme. El sargento mayor fué de nuevo á verla, y cuando volvió:—Creo que la he hecho entender la razón y que te he desembarazado de ella—me dijo al oído; por lo que le di las gracias.

En efecto, Beatriz cesó de importuarme y no la volví á ver hasta cuatro días después en Perpignan, donde la encontré asida del brazo del sargento mayor. ¡He aquí caballero, continuó Leonardo riendo, la mujer mas fiel que he conocido!

Pareció entonces como si deseara terminar la conversación, y después de haber animado á su caballo guardó un silencio profundo; pero como había excitado mi curiosidad, le dije:

—¿Cómo! ¿esa muchacha tan apasionada no había necesitado más que cuatro días para olvidaros?

—¿Y qué? me contestó con cierto despego que no le era habitual; ¿no lo comprendéis? El sargento mayor, al darle su licencia de mi parte, la había alistado por su cuenta. ¡Oh! no importa; pronto la obligué á buscar un nuevo jefe de fila.

—¿Qué hicisteis?

—¡Una cosa muy sencilla! En cualquiera otra ocasión no hubiera guardado rencor al sargento

por habérmela quitado. Si me hubiese dicho buenamente:—«¡Guapo mozo! (así me llamaba en el regimiento) la catalana no te conviene: ¿puedo hacer algo por mí?» yo le hubiera contestado como buen amigo: «A tu gusto, sargento, si ella no tiene inconveniente»; pero me había engañado con decirme: «te he desembarazado de ella.» Además, después supe que no la había reclutado lealmente, sino á traición, diciéndola que estaba enamorado de otra á quien la sacrificaba. La pobre muchacha le había creído, y ya sabéis que los catalanes son amigos de vengarse..... sobre todo en esta especie de negocios. Yo no podía sufrirlo en silencio. Yo también era sargento, y al anoecer ambos nos dirigimos con nuestros testigos detrás de los fosos de la ciudadela.

—¡Qué! Leonardo, le dije, ¿un desafío por una mujer á quien no amabais ya?

—No se trataba de la mujer, sino de la mala pasada que me había jugado.

—¿Y lo heristeis?

—Hice más.

—¿Lo matasteis?

—Enteramente.

Miré á Leonardo. Sus facciones, poco antes alegres, se habían contraído súbitamente; tenía una mirada de tigre y un aspecto duro y feroz que jamás había notado en él.

SEGUNDO VIAJE.

CARTERA ENCONTRADA.—CONTINUACIÓN DE LA HISTORIA DE BEATRIZ LA CATALANA.

Oriundo del Mediodía, descendiente de una de esas familias de Provenza á quienes el viento abrasador allende del mar parece haber hecho africanas, Leonardo llevaba en sí el germen de las pasiones más violentas y hasta de los instintos sanguinarios. Bien lo había probado con desafíos, tan numerosos y frecuentes, que su coronel, antiguo militar y que generalmente no fijaba mucho la atención en esta clase de delitos, se había apresurado con una benevolencia particular á concederle el favor de una licencia excepcional, en consideración á este mal lado de su carácter.

Sin embargo, lo que tenía de feroz y sanguinario no se mostraba en él sino á largos intervalos, especialmente desde que, libre del servicio militar, había vuelto á ponerse bajo la influencia moderadora de su madre, mujer excelente á quien debía todo lo que su corazón tenía de bueno y generoso. Ahora bien; en la balanza de sus virtudes y sus vicios, aquéllas debían pesar mucho más.